

Lección de historia

Por Josep Nadal Suau

Diario de Mallorca | 2010

Para hacerse una idea de lo que la democracia debe al periodista y de lo que este se debe a sí mismo, no se me ocurre nada mejor que la lectura simultánea del libro de Sebastian Haffner *Historia de un alemán*, y este de Manuel Chaves Nogales, *La agonía de Francia*. A uno y otro lado geográfico de las trincheras, pero en el mismo bando, ambos autores demuestran que su oficio puede abordar una época tan desbordante con exactitud, comprendiéndola en sus rasgos esenciales. Setenta años después de la caída de Francia frente a Alemania en la Segunda Guerra Mundial, uno confirma al consultar el último ensayo del prestigioso historiador Tony Judt, *Sobre el olvidado siglo XX*, que ningún andamiaje académico asistido por la más sofisticada ingeniería historiográfica consigue superar la interpretación de Chaves, quien no solo captó la realidad sino que, además, la organizó coherentemente. Su libro tiene, como Albert Camus exigía a los buenos reportajes, «datos, color y relaciones». Esas relaciones las establece la inteligencia, no el ingenio; los datos los incorpora una cultura profunda; el color se manifiesta tanto en el uso de la anécdota (¡esas mujeres francesas!) como en la capacidad de indignarse que el autor mantiene intacta.

He citado a Camus; el filólogo Xavier Pericay, en su prólogo a *La agonía de Francia*, no le tiene miedo al cliché y relaciona a Chaves Nogales con Orwell y el francés de origen argelino. No me parece mal, son nombres que resisten la sobreexposición de que están siendo objeto. Precisamente, el autor de *El hombre rebelde* le escribía a un amigo alemán, en abril del 44: «Nuestra Europa no es la de ustedes». La obra que nos ocupa confirma que esa era la clave de la Segunda Guerra Mundial: defender con firmeza que el bien y el mal no son lo mismo. La caída de Francia, nos explica Chaves, no tuvo lugar porque la democracia sea más débil que los regímenes autoritarios, sino porque dejó de ser tal democracia cuando los ciudadanos olvidaron que su Europa no era la de Hitler ni la de Stalin. De hecho, ¿qué hacía un periodista andaluz en París y en 1942? Pues, entre otras cosas, dejar atrás su país, precisamente porque unos años atrás también se había visto reducido a un combate sangriento entre los imitadores de esos carniceros. La opción liberal, desarticulada, inexistente, fue carne de paredón o exilio.

«¿Son en Francia tan idiotas que estén esperando a que los pasen a cuchillo?», se preguntaba el filólogo alemán de linaje judío Victor Klemperer en agosto del 36. La pregunta, que supura indignación, señala la incapacidad de la República de plantar cara al régimen nazi. En realidad, por supuesto, los franceses no esperaban su turno con el matarife; más bien, se repartían entre quienes deseaban esquivar un enfrentamiento porque temían a Hitler y quienes despreciaban el parlamentarismo. «Francia se ha suicidado», escribe Chaves Nogales; y ello es así porque el espíritu francés es el de la democracia, un sistema que puede sucumbir al «desencadenamiento diabólico de los más bajos instintos» de la masa. La democracia: el más fuerte de los sistemas... Si sus ciudadanos no la traicionan. Podrido, descompuesto el tejido social francés, al fascismo - como al comunismo- no le costó nada imponer su propio marco de pensamiento al país, su propia lógica viciada. La primera victoria de la Barbarie siempre es paradójicamente intelectual, porque logra que los civilizados batan sus aspas vanamente en el aire, por usar una metáfora extraordinaria del mismo Chaves.

El autor coincide con muchas de las conclusiones que Hannah Arendt impuso sobre el comportamiento europeo frente al nazismo, pero llega a ellas sobre el campo de batalla. *La agonía de Francia* reivindica la necesidad de creer en la democracia, que no es ni adulación de la masa

ni igualación por abajo ni el triste espectáculo del encumbramiento de analfabetos. Chaves critica la política del avestruz, las clientelas partidistas y el egoísmo de un ciudadano medio que sólo piensa en la comodidad material; denuncia la eficacia máxima de la propaganda de Goebbels; y constata la existencia de algo indefinible que califica de «espíritu». La clave de la modernidad, asegura el periodista, es «el desequilibrio tremendo que se ha producido entre el progreso material y el progreso espiritual». No se puede desatender el espíritu: conviene cultivarlo, aunque sea, permítanme la broma, preventivamente.

La agonía de Francia ha propiciado muchas lecturas en clave actual. Hace poco, Umberto Eco advertía que vivimos una fuerte crisis de la democracia representativa. Tiene razón. Chaves Nogales, sin embargo, enseña varias cosas: que no podemos defenestrar a toda nuestra clase política, porque eso sería tanto como liquidar el sistema; que cada uno debe asumir su propia responsabilidad individual; que la inteligencia y la fortaleza espiritual -precisamente, las cosas que suelen despreciarse hoy- deben ser protagonistas de una democracia sólida. Sobre todo, con él hemos aprendido estas palabras que cierran su libro y que ya corren entre los lectores como la pólvora: «hasta ahora no se ha descubierto ninguna forma de convivencia humana superior al diálogo, ni se ha encontrado un sistema de gobierno más perfecto que el de una asamblea deliberante, ni hay otro régimen de selección mejor que el de la libre concurrencia: es decir; la paz, la libertad, la democracia. En el mundo no hay más».